

## MANUEL

Manuel nació un quince de mayo del año sesenta, en el seno de una familia humilde y un ambiente feliz. Francisco, su padre le quería mucho, y su madre Antonia le adoraba. Era el segundo de cuatro hermanos. Tenía nueve años. Vivían en un pueblecito muy pequeño, bonito, rodeado por un lado de pinares, por otro de eucalipto, por otro de olivos y por otro de naranjos. La gente del pueblo eran muy amables y acogedoras, había buena armonía entre sus vecinos. Manuel era un niño muy alegre, simpático, travieso y muy amigo de sus amigos. Su mejor amigo se llamaba Felipe. Juntos iban al salir del colegio al campo, cogían naranjas y se las comían debajo de un árbol, otras veces, se iban con su padre al campo a ayudarlo, era muy responsable para su edad. Su padre se emocionaba mucho con Manuel, pues tenía buen corazón, se preocupaba por todas las personas, sobre todo por las que pasaba hambre, le decía: Padre, tenemos que llevar comida la iglesia, hay varias familias que no tienen para comer; su padre le decía: hijo no tenemos ni para nosotros, cómo vamos a repartir, él contestaba: ¿comemos menos! Y así podemos darles a ellos, Era increíble que un niño de nueve años se preocupara más por los demás que por jugar.

Un día junto a Felipe, se fueron como siempre al campo y comieron más naranjas de lo normal, no estaban maduras del todo; por la noche, Felipe se puso muy enfermo y se lo llevaron al hospital, a los tres días murió.

No sabían cómo decírselo a Manuel, estaban muy unidos. Su madre le llamó, junto con su padre y su profesor, se lo comunicaron. No dijo nada, solo le corrieron unas lagrimitas por sus bellos ojitos azules, se dio media vuelta y se marchó al campo, se sentó debajo del árbol que días atrás habían comido las naranjas. Su padre le seguía de lejos, se escondió detrás de un árbol cercano, temía le pasara algo, ya que no dijo nada al marcharse. Manuel, le habló al naranjo, le dijo: “Por qué has puesto malito a mi amigo Felipe, qué te ha hecho de malo, nunca más volveré a comer tus naranjas, has sido malo, yo quiero que vuelva Felipe ¡devuélvemelo!” Se puso a darle patadas al árbol, su padre, viendo que no paraba, fue a buscarle antes de que se hiciera daño.

Padre, quiero que vuelva Felipe, gritaba entre sollozos, su padre con lágrimas en los ojos, sin saber que decirle, que hacer para que su hijo no sufriera aquél dolor, solo lo abrazaba, lo acariciaba, lo cogió entre sus brazos y se lo llevó a casa.

Esa noche, Manuel no podía parar de llorar, no quiso cenar, sus padres lo llevaron a su alcoba y durmió con ellos.

Por la mañana, se levantó muy triste, pero aun así quiso ir al colegio, era un niño fuerte. Hacía mucho frío, era un día de esos de invierno donde el aire frío te dejaba congelado, se pudo su abrigo y se fue al colegio, era un niño muy inteligente, sacaba buenas notas. En el recreo, no quiso jugar con los demás, se sentó en un rinconcito y se puso a llorar, su profesor Pedro, lo vio y se dirigió hasta el lugar, se sentó junto a él y sin decir nada, lloró también, cuando Manuel lo miró, preguntón ¿por qué lloras Profe? Yo también echo de menos Felipe, Manuel cogió la mano de su profesor y se la puso en su pecho, exclamó ¡aquí está Felipe! En nuestro corazón, no

estés tristes, siempre estará junto a nosotros, me lo ha dicho mi madre, y las madres no mienten. Pedro se abrazó al niño y comentó, llevas razón, Felipe estará siempre junto a nosotros, tu madre tiene razón ¡vamos! ¡Levanta!, juguemos con los demás chicos al fútbol que Felipe jugará con nosotros. Se fueron juntos cogidos de la mano y jugaron con los demás. Desde ese día Manuel, todas las noches antes de irse a dormir hablaba con Felipe y le contaba todas las cosas hechas en el día, se reía contándoles los golpes y caídas de sus compañeros.

Manuel, tenía una tía casi de la misma edad, se llevaban seis años, era una adolescente muy poco femenina, jugaba con los chicos más que con las chivas, siempre tenía el pelo corto, para su cumpleaños pidió como regalo un balón de fútbol, Manuel se lo pasaba en grande con ellas.

Antonia, - era hermana de Elena, así se llamaba su tía,- contaba una historia a sus hijos todos sentados al fuego de la chimenea de su casa, mientras asaba en la lumbre las setas cogidas en el campo ese día, como olía, se les hacía la boca agua, ¡que ricas estaban! No veían el momento de “hincarle el diente”, mientras tanto para que tuvieran paciencia hasta que estuvieran hechas; Antonia empezó a narrar las travesuras de su tía Elena.

-“Una vez vino un comerciante en un burro a traer víveres al caserón que hay junto a la iglesia, dejó el burro amarrado en la puerta mientras llevaba los víveres dentro de la casa, tu tía, sin más, se montó en el borrico y se fue al campo a dar vueltas con él, se llevó todo el día ¡burro para arriba! ¡Burro para abajo! Así estuvo varias horas. El comerciante, al salir y no ver el burro amarrado exclamó:

- ¡maldito burro, ya se me ha escapado otra vez!

Pero una vecina, de estas que están siempre pendiente a todo, menos a lo suyo, le dijo

- Señor, su burro no se ha escapado, se lo ha llevado Elena montado en él.

Víctor, que así se llamaba el comerciante, un tipo rudo, con bigotes anchos, con una coronilla sin pelos por donde decía él que le daba frío en invierno, corpulento y muy mal humor dijo:

- ¡Maldita chiquilla! Como la pille se va a enterar.

La vecina dijo:

- Si la pillas, que bien rápida es.

Así fueron pasando las horas, hasta que el comerciante se le hizo de noche y no tuvo más remedio que quedarse a dormir en la posada de Antón. Elena, una vez que vio que nadie la observaba amarró al burro a la puerta de la posada.

- Bueno Platero, - nombre que ella le puso- Aquí te quedas, ha sido un placer haber pasado el día paseándome sobre tu lomo, espero que para ti también, ya que mi peso no es el de ese hombre barrigón que viene subido en ti.

Y sin más, se marchó a su casa, ahí le estaban esperando su hermana Antonia y Francisco, su marido, Elena no tenía padres, ambos murieron cuando ella era muy pequeña y Antonia se hizo cargo de ella.

- ¡Que tal el paseo en Burro!- dijo Antonia con ironía - por lo que veo no traes ningún rasguño, anda tira para adentro que los rasguño te los voy hacer yo.

Elena la miró a los ojos, con ese brillo especial que tenía cuando era Feliz, y comentó:

- Pero tata - así la llamaba- no me regañes ¡ tú sabes lo que es ir montada en el lomo de Platero! ¡como corre! Parece que va sobre las nubes, con que suavidad galopa, ¡ah! Ha sido maravilloso, ¡tienes que venir un día conmigo y montarte para comprobarlo!

Francisco no paraba de reírse, - Sí riéte, es lo le hace falta, que le rías sus travesuras.

Dijo enfadada Antonia a Francisco, este comentó:

- Pero no ves la cara de felicidad que trae, déjala, no ha sido más que una travesura, mañana le pagamos la posada a Víctor en recompensa por lo ocurrido hoy, y tú Elena, la próxima vez, pídele permiso a Víctor.
- Está bien pediré permiso la próxima vez, pero sino me lo da, volveré a llevármelo.”

Todos reían a carcajadas con el relato de su tía. Las setas ya estaban hechas, estaban riquísimas, qué textura al morderlas, - Es maravilloso comer setas, dijeron todos.

Y así un día tras otro, Manuel fue sobrellevando la pérdida de su querido amiguito Felipe, arropado por el calor y amor de sus padres, hermanos y tía Elena.

Felipe siempre siguió en su corazón.

FIN